



**Rafaela Alfajeme Casas, 73 años.**  
**Manuel Sobrino Fernández, 21 años.**

## El desierto imaginado

La historia más idílica, la aventura más brutal, el cuento más asombroso. Cuando una persona mayor se sienta frente a nosotros nos predisponemos a escuchar un relato antiguo y casi increíble. Además, si nuestro narrador es español, esperaremos con ansia escucharle hablar de la Guerra Civil. Pero en ocasiones, su presente no pierde valor frente al pasado, los buenos recuerdos no se dejan vencer. Una madre, una hija y un desierto nos lo van a demostrar.

Rafaela Alfajeme Casas, Rafi, nació en 1933 en un pueblecito zamorano, Pinilla del Toro. Se casó con 20 años y se separó de su marido con 50. Tiene un hijo, dos hijas y cuatro nietos. La menor de los tres, Leonor, cumplió en marzo 29 años. Ellas dos aún viven juntas, como siempre han estado, una al lado de la otra.

Rafi ha vivido experiencias idílicas, brutales y asombrosas. También ha sufrido lo suficiente como para no querer recordarlas. Sin embargo, todas sus andanzas pierden importancia ante cualquier suceso vivido por alguno de sus hijos. Ellos representan el motor de su vida; son ya mayores, pero aún siguen siendo capaces de eclipsarlo todo, tanto lo bueno como lo malo.

No hay lágrimas más grandes que las derramadas por una madre. No existe una alegría más colosal que la producida por un hijo. Nadie se preocupará tanto por un niño como su mamá. Esté donde esté, viaje adónde viaje, viva donde viva, nada detiene a una madre, siempre se hallará junto a sus hijos, por muy lejos que se encuentren de ella. Nuestra protagonista lo sabe perfectamente.

La relación entre ella y Leonor, su pequeña, ha sido muy intensa. Rafi tiene otros dos hijos, a los que, por supuesto, no quiere menos, pero su trato con Leonor es quizás un poco más especial. A ella la ha criado prácticamente como si fuera una madre soltera, aunque su padre nunca le ha faltado. "Por ella he tenido más preocupación que por los otros", comenta Rafi. El motivo: "yo estaba sola".

Pero miremos al presente. Aquí no nos encontramos hablando de una persona que vive del pasado, éste no es merecedor de sus recuerdos. Rafi prefiere disfrutar del día a día. Dudo que exista algún curso, viaje o actividad a la que, pudiendo, no se apunte. Su vitalidad es envidiable. Ha viajado por Francia, Mónaco o Italia, pero en ninguno de estos países cree haber sentido lo que su hija Leonor vivió en su última aventura, cuando se trasladó a Tindouf, territorio del desierto argelino que acoge a refugiados procedentes del Sahara Occidental. Esta antigua colonia española se encuentra en la actualidad bajo control del gobierno marroquí. No tiene autonomía, carece de dinero, sueña con la libertad. Sin embargo, las personas de esta región no son muy distintas a las de otros lugares. Leonor lo pudo comprobar durante una estancia en misión humanitaria.

Rafi, a pesar de que no vivió en primera persona lo acontecido en tierras africanas, sí tuvo su particular experiencia desde el barrio madrileño de Ciudad Pegaso, lugar en el que se ubica su modesta casa. A Leonor siempre la ha tenido más protegida, pero en este viaje le tocó a ella protegerse a sí misma. Su madre no se encontraba cerca.



El 28 de diciembre de 2005, Leonor Peinado Alfageme tomó un avión rumbo a un campamento de refugiados políticos. Para las personas que allí esperan, toda ayuda es recibida con gratitud. Rafi no cogió el avión con su hija, pero, de alguna manera, sí viajó con ella. No hizo la maleta para irse unos días a otro continente, pero, de alguna forma, sí contempló la cotidianidad del desierto. Y ya que no iba a poder trasladarse físicamente al Sahara, se desvivió los días anteriores al vuelo de su hija por conseguir medicamentos o juguetes. Incluso se dirigió hacia un banco para preguntar si tenían algo que les sobrase para llevarlo a los niños saharauis.

El hambre o la falta de higiene son dos de las penurias que sufren las personas procedentes del Sahara Occidental. No tener qué llevarse a la boca puede resultar uno de los mayores castigos que un ser humano puede padecer. Tal vez lo único que aún sea peor es sufrir sin que a nadie le importe.

Cuando Leonor llegó al desierto a finales de año, Rafi imaginó que también aterrizaba. El Sahara es un lugar dorado sin oro. Sus riquezas podrían ser contadas por un niño recién nacido. La arena esconde la nada, el horizonte abraza bruscamente el cielo con la tierra y el calor apenas permite que la sed sea saciada. Las noches pecan de prudentes, no existe un silencio más absoluto que el de la oscuridad del desierto. Leonor llegó a un territorio en el que la soledad se acompaña a sí misma durante extensas dunas.

Rafi y el desierto se entenderían si hablasen de soledad, soledad a la que, a pesar de todo, no teme. Al igual que el Sahara, ha aprendido a convivir con ella. Puede que sea porque, del mismo modo que no existe un desierto sin estrellas, no hay una madre sin hijos.

A pesar de la distancia, Leonor, en cierto modo, no echó demasiado en falta a su madre. Al llegar a su destino, estuvo viviendo en la jaima de una familia que, sin duda, la trató como a una hija. A ella no le faltó alimento que llevarse a la boca; lo único que hizo para conseguirlo fue acatar la prohibición de no entrar en la cocina. "Si la hubiera visto puede que no me hubiese atrevido a probar la comida", le contó a la vuelta a su madre, quien lo recuerda entre risas.

Después de que todo haya pasado es sencillo recordarlo con cariño, mas como es de imaginar la preocupación no se esfumó hasta que Leonor pisó Barajas. La sobreprotección de Rafi hacia ella ha sido una constante durante toda su vida. Sabe que no es bueno estar siempre encima de un hijo, pero no lo puede evitar. Cuando su niña era pequeña y tardaba en volver a casa, ella no dejaba de pensar en si la podría haber pasado algo. Ahora que su hija ya es mayor, sigue preocupándose de que se encuentre bien, de que no regrese tarde a casa. Esta vez estuvo fuera una semana. El 3 de enero de 2006 Leonor llegó a España. Su maleta se encontraba vacía; su memoria, llena.

Todos los recuerdos de sus días en el continente africano son positivos. La amabilidad de las personas que había conocido se debió reflejar de tal manera en su rostro que su madre no tuvo duda de que la experiencia resultó mágica. Además, la lección aprendida nunca caerá en el olvido: "se puede vivir con lo mínimo y, sin embargo, ser feliz".

Rafi rememora lo sucedido con claridad, como si hubiese sido ella la visitante de aquel lejano lugar. Madre e hija tienen tal simbiosis que lo que vive una afecta irremediablemente a la otra; sus preocupaciones se fusionan, sus alegrías se contagian. Leonor fue quien apreció las "ciudades de adobe construidas en medio de



la nada"; Rafi, quien quedó tan impresionada de esta aventura como para anteponerla a todas las vividas directamente por ella.

Y es que Rafaela Alfageme Casas es una mujer generosa. Todo lo ha dado por sus hijos y nietos, todo lo subordina a sus deseos. En cierto modo, siempre ha dejado de protagonizar su vida en pro de quienes se encuentran a su alrededor. No lo sabe, pero esta acción representa su mayor conquista, aunque nunca abandonará la modestia que le lleve a reconocerlo; siempre creará que los logros de sus hijos son mayores que los suyos. Puede que no tenga presente que todo lo que hoy son Rafael, Pilar y Leonor, sus tres hijos, se lo deben a ella. Rafi participa siempre de sus historias porque es su madre. Paso a paso ha logrado convertir las conquistas de sus seres queridos en su mayor logro, grano a grano ha hecho de sus vidas su historia que contar. El desierto seguro que la entiende.

## Lo importante de la vida

"Lo más bonito de la vida es hacer lo que quieras cuando quieras". Rafaela Alfajeme Casas, Rafi, siente así la libertad. Tardó en descubrirla, tuvo que esperar a que su marido saliese de su vida para invitarla a su casa. "Hasta que no me separé, no fui yo", asegura sin dudar. Ella descubrió entonces una vida distinta. Su mundo se transformó. Sin embargo, la libertad no vino sola, llegó junto a la soledad. Ella no las buscó, fue su esposo quien decidió perder a la mujer con la que se había casado treinta años atrás.

A pesar de las vicisitudes, Rafi ha sabido recuperarse, y sin perder la oportunidad de aprender de los errores. Gracias a las desgracias ha podido comprobar que es una mujer valiente, capaz de velar por el bienestar de los suyos, quienes son el verdadero sentido de su vida.

Y es que, en el fondo, no es la libertad lo que realmente más valora. Sus hijos y sus nietos son muchísimo más importantes. No halla nada más sagrado en su mundo. Y es que Rafi es, ante todo, madre. Para ella no existe nada superior que haber criado a sus hijos. Como consecuencia de su esfuerzo, ha visto como se han convertido en grandes personas, de las que se siente infinitamente orgullosa.

Rafi es una mujer capaz de compaginar la atención absoluta a los suyos con su tiempo en soledad. Sus niños son ya mayores, pero sigue preocupándose de sus problemas con el mismo desvelo que si acabasen de llegar a sus brazos. El tiempo que se dedica a si misma no le priva de nada, en sus días hay lugar para todo lo que se propone: arreglar su casa, caminar con sus amigas, practicar tai-chi...

"La mejor psicología que hay es la vida. Ella te enseña muchísimo", defiende al reflexionar sobre el pasado. "El cuerpo aguanta lo que le echas y más. Yo me creía una persona muy débil, pero una amiga me dice que soy muy fuerte". Con sólo mirar sus ojos se puede comprobar que los malos momentos no la han derrotado.

En ocasiones la "duele el alma", como le dice a su médico, pero se le pasa con un poco de cariño de sus hijos y nietos. Es una joven de 73 años, que se considera antigua porque aún cree en el amor. A veces se entristece al pensar en lo bonito que sería envejecer paseando por la playa con la persona querida. El amor perdido deja irremisiblemente una profunda huella. Ésta es una de las verdades que la experiencia le ha enseñado, pero no la única. Ha aprendido a no tratar de usted a la soledad, y sabe lo que hay que hacer para aprovechar cada momento: querer a los que son



merecedores de sus sonrisas. Encontrarse atada a sus hijos es lo que la convierte en una persona libre.

